

EN QUE CONSISTE UNA EDUCACIÓN EN VALORES

Jorge Yarce

Educar supone también una formación en valores; supone potenciar los que la persona ya posee y crear e impulsar otros nuevos. Sin esos valores, es imposible que el niño o el joven se desarrollen plenamente; tampoco es posible que se prepare debidamente para la vida profesional y la interacción social. Por esto, es vital que exista una continuidad entre los valores que fueron inculcados en el hogar y los que se refuerzan en los centros educativos, de modo que se le exija, a medida que crece, más autonomía y responsabilidad.

Es decir, no basta con una educación que se centre en la acumulación de datos, en la resolución de problemas intelectuales, en la memorización de contenidos, aunque hoy en día existan herramientas muy poderosas que nos asisten en la formación de este tipo de capacidades.

Los conocimientos y sus aplicaciones juegan un papel importante, pero igualmente importante es el hecho de que las personas sean laboriosas, responsables, sinceras, comprometidas, respetuosas, solidarias o buenas compañeras. Y esto difícilmente se aprende en los libros o de boca de los profesores, sino más bien observando la vivencia ejemplar de otras personas.

En la educación tradicional, los profesores enseñan y los alumnos aprenden; lo que equivale a decir que los profesores hablan de los valores y los alumnos asimilan la enseñanza. Pero esto contradice un hecho evidente: los valores no los aprendemos de lo que nos dicen las personas, sino de lo que las personas nos demuestran con su modo de vida. Al fin al cabo, "Sólo aprendemos de aquellos a quienes amamos" (Goethe).

Descentralizar la mente y el corazón

En ese sentido, los valores no vienen dados como un hecho forzoso. Hay que descubrirlos, a veces descubrirlos creativamente, con la guía, la

orientación, el respaldo, el incentivo del profesor, de la experiencia de los demás, del contacto con amigos o tratando de traducir a nuestra situación lo que nos inspira una lectura o una película.

Ayuda mucho a una educación en los valores descentralizar la mente, no atarla al tradicional esquema de que todo gira en torno a un eje central (el conocimiento, el cerebro, el profesor o el padre de familia, las organizaciones, el Estado, la naturaleza). Pensar más bien en que no estamos sujetos a un mando central o coordinador.

Pero también hay que descentralizar el corazón y no dejarlo que se apegue a unas determinadas cosas, sobre todo de orden material o a unas determinadas personas o grupos. Hay que expandirlo para que quepa más gente dentro, para que sea más universal en sus afectos y para que el querer sea fruto de una voluntad firme y serena, animada por el constante deseo de hacer el bien y de procurar que las relaciones humanas sean justas.

"Técnicamente" educado pero deshonesto

La educación ha sido concebida durante mucho tiempo como la forma más segura de escalar una posición en la sociedad, de alcanzar el éxito, entendido como poder, riqueza, tecnología, bienestar. Se piensa, normalmente, que el triunfo personal es poder situarse en el más alto rango social.

A los jóvenes se les exhorta a estudiar porque así podrán acceder al grupo privilegiado de personas graduadas de la universidad. Pero recorrer este proceso de aprendizaje especializado en algún campo del conocimiento humano, no implica necesariamente que la persona al final sea buena, honrada o cívica. La competitividad, a veces, se entiende como poseer unas herramientas técnicas que aseguran unos ingresos económicos y una posición a disputar con los demás,

procurando ser el mejor en su campo, sin tener en cuenta que puede ocurrir que esa posición esté desempeñada sin valores éticos, y se convierta en un peligro para la sociedad misma.

El error consiste en reducir (y justificar) la educación como un medio para escalar socialmente y ganar dinero. Esta es la concepción que se debe erradicar. No es suficiente tener una profesión, aspirar a una posición o al éxito económico; la educación estriba en aprender a ser persona, miembro de una sociedad, habitante de un medio ambiente, constructor de modos de convivencia, etc. La educación entonces gana una dimensión de enriquecimiento personal, porque es una educación para la vida, para la realización de la persona dentro del conjunto humano, para la convivencia social y el ejercicio de la ciudadanía.

Un proyecto de vida con dimensión social

Dentro de la misión de plantearse un proyecto de vida, cabe la tarea de obtener la mayor cualificación posible en el orden del conocimiento y de la preparación profesional. Lógicamente, lograr esta no es asunto sólo de saber, sino que se trata de un saber integrado a otros aspectos fundamentales: los afectivos, sociales, culturales, de participación e inserción en la comunidad, de servicio y solidaridad y, sobre todo, de práctica habitual de unos valores.

No se trata de una lucha individual planteada contra los demás para superarlos y llegar primero a la meta, o de una carrera con carácter exclusivamente académico, sino de una visión más completa de lo que constituye el desarrollo humano integral de una persona.

Más que el tener, estriba la educación en aprender a ser. Y no se podría “ser” sin saber trabajar y, antes, sin aprender a pensar para asimilar bien el conocimiento y para generarlo también. La educación adquiere dimensiones que son a la vez el horizonte de enriquecimiento de la persona. Desde el más elemental grado hasta el más alto, la enseñanza está apuntando a sus

metas de muy distintas maneras y con diferentes exigencias para el alumno y para el profesor: aprender a ser (a pensar, a obrar, a amar), a hacer (a jugar, a trabajar, a tener), a aprender (a informar, a crear, a comunicar), a emprender (a administrar, a dirigir, a liderar), a convivir (a ser amigo, a ser buen ciudadano, a ser solidario).

Aprender no es sólo aprender conocimientos, aprender no es sólo saber ciencia. No podemos confundir conocimientos con inteligencia, ni inteligencia con razón. Se aprende para la acción, para saber actuar en determinada forma, en determinadas maneras de configurar la realidad según las distintas ciencias o artes.

Educación y calidad personal

La educación, por tanto, debe replantearse cambiando de enfoque el aprendizaje y la enseñanza. Ambos son para vivir mejor, para alcanzar calidad de vida. No para llenarnos de conocimientos. Estamos hechos de inteligencia y necesitamos los conocimientos, pero también estamos hechos de pasiones, emociones, motivaciones, sentimientos, miedos, tristezas, entusiasmos, alegrías, deseo, esperanzas o sea, de la amalgama de muchos valores.

La educación debe retomar esa brújula y abandonar su frialdad y constructivismo intelectual, desencarnado de la vida y de la sociedad.

La educación en valores supone “aprender a soñar”, es decir, enfrentarse con la construcción de sí mismo y de la autenticidad de la propia vida. Es característico de la educación ayudar a forjar ideales, a fomentar las ganas de vivir a fondo, de cambiar el mundo, de afrontar los imposibles (porque tal vez los posibles ya están hechos) y de incitar al empeño para ayudar a construir un mundo mejor.

Los profesores deben tenerlo muy en cuenta. El material que reciben no es duro sino blando: cerebro, corazón, inteligencia emocional, sentimientos, valores. Se puede forjar, modelar, arcillar como una obra de arte, con amor, con respeto, con una profunda

veneración por el ser del otro, no imponiéndole lo que se quisiera que fuera sino logrando que salga de él su mejor tú, su propio ser para proyectarlo en una convivencia que sea fecunda, que lleve al servicio generoso y a la dedicación profesional con sentido de bien común.

No al conformismo

Una de las responsabilidades del profesor consiste en no dejar al alumno ser conformista. El conformismo es una traición a la vida. Los jóvenes tienen causa legítima para protestar cuando sus sueños, sus ilusiones, sus metas de vivir en una sociedad mejor, se ven obstaculizados por una educación formalista y rutinaria. En cambio responden de maravilla cuando se les invita con argumentos al compromiso apoyado en una entrega generosa, sin cálculos y sin reservas. Cuando con valores se les anima a vivir valores. Todo depende de que sus sueños y el apoyo de los educadores les fijen como aspiración lo mejor.

Hay que soñar con un futuro donde los valores humanos estén por encima del deseo de bienestar, de abundancia y de comodidad, para que ellos se dirijan hacia la búsqueda de lo mejor de cada uno en la lucha por una sociedad que garantice la verdad, la creación de cultura y los principios fundamentales para la convivencia (la dignidad humana, la libertad, los derechos humanos).

La educación hoy está llamada a formar personas felices, a generar confianza, credibilidad y seguridad en ellas y a hacerlas capaces de trabajar por el bien común, a pensar más en el servicio que en el beneficio material o personal. En la era del conocimiento las instituciones están llamadas a fortalecer el saber como capital primordial, más que el financiero o el físico, pero para ello tienen el desafío de la integración del conocimiento en la vida.

Es decir, dejar de estar a la zaga y a la defensiva para pasar a la ofensiva constructora de un nuevo estilo de educar, dirigir y liderar, para configurar una nueva sociedad: *quien más puede hacer, más debe hacer*, es el lema.

Quien tendría que señalar las directrices de esos nuevos caminos debería ser la educación superior, específicamente la universidad, en la que docentes y alumnos sean constructores de convivencia y de sociedad pacífica, justa, democrática, igualitaria. Hace falta instaurar en las instituciones de educación una "cultura del ser", no del tener, lo cual implica que lo primero no es el dinero o el poder sino el "ser persona", el servir y el ser solidario con la sociedad que necesita de las instituciones educativas, públicas o privadas para que sean constructoras de sociedad.

El futuro puede y debe ser distinto

El futuro no tiene que ser la continuidad del pasado, porque así no habría cambio; es mejor mirarlo bajo nuevas perspectivas, bajo nuevos paradigmas, bajo nuevas reglas.

Si las condiciones externas a la educación cambian (aceleración histórica, nuevas tecnologías, nuevo enfoque del saber) hay que pensar en cambiar sus paradigmas reconociendo que se debe dar un giro radical: de una educación centrada en el conocimiento hay que pasar a una educación centrada en el desarrollo humano completo. Es posible que los paradigmas de la educación, al contrario de lo que sostiene la teoría de la calidad, no vuelvan a cero y exijan un recomienzo radical. Pero lo que sí está claro es la necesidad de repensar su misión y su visión en la sociedad actual.

Un nuevo modo de mirar cuestiona mi propio sistema de valores, pero simultáneamente me hace capaz de salir de la rutina, de convertirme en pionero. Para esto hace falta valentía, entusiasmo, fe en mi tarea, confianza en mí mismo y en los demás. Hay que pisar fuerte el acelerador para dirigirnos todos al mismo objetivo, sabiendo que la misión de la educación hoy es más compleja por la misma complejidad de la ciencia y de la sociedad. Este proceso implica el desarrollo de valores para que se conviertan en cualidades operativas estables que le permitan a cada uno obrar bien (virtudes) dentro de una armonía personal.